

## TRADUCCIONES

### CASAS DE ENSUEÑO Y SUEÑOS DE CASA. UNA DERIVA BENJAMINIANA (DEL INFIERNO A LA UTOPIÁ)\*

Bruno Tackels

Texto escrito en el contexto del coloquio *Habitar*, septiembre de 2010, organizado por la Facultad de Artes, Universidad Nacional, Sede Bogotá

Traducción: Miguel Huertas

mahuertass@unal.edu.co

---

\* Nota del traductor: la traducción de este texto enfrenta el hecho de que algunas palabras, como *rêve* y *flânerie*, presentes ya en el título, remiten a significados o muy precisos —como la primera—, o a múltiples, que no pueden ser expresados en español con una misma palabra —como la segunda—. En el caso del juego de palabras del título: “Maisons de rêve et rêves de maison”, literalmente se traduciría como “Casas de sueño y sueños de casa”, para conservar la simetría del original; sin embargo, para distinguir claramente entre “dormir” y “soñar”; me parece necesario el uso de “ensueño”, aunque rompa el juego de espejo del original. Pero en el texto será necesario recurrir a una u otra palabra, según el momento, para abarcar desde las imágenes producidas durante el sueño, hasta el acto mismo de dormir, sugerido por la última imagen de la muerte.

En el caso de *flânerie* es todavía más evidente la necesidad de la traducción de escindir algunas palabras para independizar diferentes matices de su(s) significado(s). Es una operación —a mi juicio totalmente benjaminiana— que hace *estallar* la palabra original, para liberar contenidos en la lengua original que seguirán un camino propio, creando a su vez nuevos ecos alrededor del mismo núcleo original. De cierta manera, “deambular” (caminar, andar observando) sería la palabra más cercana a *flâner* —palabra de una amplia gama de resonancias en francés (de la cuales no excluyo, pero es una observación muy libre, incluso arbitraria, su parecido con la palabra *flairer*, “olfatear”)—. En español ya es tradicional traducir *flâneur* como “paseante”, lo que en algunos casos puede funcionar bien, puesto que adicionalmente remite a una tradición filosófica (pienso, por ejemplo, en la obra de Jean-Jacques Rousseau, *Las ensañaciones de un paseante solitario*), pero no en todos; desde el punto de vista de la errancia, me parece más cercano el término “deambulante”, aunque suene poco ortodoxo.

Para el caso de esta particular relación con la ciudad que sugiere el texto, creo que la palabra “deriva”, de indudable cuño situacionista, describe muy exactamente la intención del subtítulo: “Une flânerie benjaminienne”, aunque aquí ya estamos bastante lejos de la rítmica repetición *flâner- flâneur- flânerie* que pauta el texto original.

*Bientôt, ce sera un vrai problème que de loger sa bibliothèque!*<sup>1</sup>  
Balzac, cité par Walter Benjamin

Walter Benjamin escribió siempre sobre las casas, los lugares donde se habita, comenzando por la suya, en el barrio acomodado de Thiergarten, en Berlín. En *Calle de sentido único* y en *Infancia berlinesa hacia mil novecientos* evoca las galerías, los patios interiores, los salones protectores y los corredores inquietantes de su infancia. Es que, para él, la casa se ha dividido siempre entre el sueño y la pesadilla. Elemento protector dedicado a las caricias maternas y espacio frío de una autoridad paterna que imponía su ley gritando al teléfono. Finalmente, la casa de sus padres describe con precisión este origen que él detesta, aquel de la burguesía judía, apenas ilustrada, ciertamente laica e integrada, pero incapaz de pensar su propia situación, violenta y por completo ilegítima a los ojos de Benjamin. Ya de niño le aterrorizaba la idea de ver a su madre dejarlo solo para ir a la ópera, y la voz de su padre vociferando órdenes a sus empleados le hacía experimentar el infierno. La casa infernal, la casa de pesadilla, que la escuela no alcanzaba a compensar, porque allí también la autoridad más formal y gratuita se imponía al joven estudiante, el cual no podía imaginar que le enseñaran las cosas de la vida por la fuerza.

Incapaz de integrarse a la vida escolar clásica, fue enviado al campo, en el bosque de Turinga, a Haubinda, una escuela experimental privada que buscaba poner en acción nuevos métodos pedagógicos, basados en la responsabilidad de los estudiantes y en su autonomía. En esta casa, en medio del bosque, podemos verdaderamente decir que Benjamin va a encontrarse a sí mismo. Y el amo del lugar, Gustav Wyneken, surgirá de hecho retrospectivamente como el real y único maestro de Walter Benjamin, aquel que marcará para siempre su inquebrantable libertad de pensamiento.

Este paréntesis utópico de Haubinda no durará sino dos años, y Benjamin retornará muy rápidamente a hábitats urbanos, primero como estudiante, como escritor nómada después. Porque, de cierta manera, Benjamin es un exilado nato. No esperará a 1933 para ponerse en movimiento y huir del infierno de donde proviene. Durante los tres decenios de su vida adulta no dejará de desplazarse: Berlín, Friburgo, Múnich, Berna; después por Europa, Italia, Francia, París, donde tendrá no menos de dieciocho alojamientos hasta 1940. Hay que decir que París es justamente la antítesis de la casa de pesadilla: la casa de ensueño, una casa que no está cerrada al afuera, sino que lo acoge en ella. Un adentro que deviene su propio afuera, y un exterior que se interioriza. Benjamin va a encontrar naturalmente

---

1 ¡Pronto será un verdadero problema alojar su biblioteca!

esta imagen de la “casa de ensueño” en su forma más perfecta en la estructura del pasaje. Una calle que se encuentra bajo techo, un interior que se halla dotado de todas las cualidades de un salón. La calle deviene pieza y la pieza deviene calle. Esta casa de ensueño le fascinará al punto de consagrarle doce años de su vida, y de hacer nacer de ella una gigantesca obra en construcción, que permanecerá inconclusa, el conocido y, sin embargo enigmático, *Libro de los pasajes*.

La casa de ensueño, como el sueño, no tiene exterior; o, más exactamente, su exterior deviene inmediatamente interior, como una cinta de Moebius. Esta estructura dialéctica en detención, un afuera-adentro-afuera-adentro, no deja de tener relación con la arquitectura religiosa de la catedral. Un espacio que, precisamente, absorbe y en el cual uno se sumerge, perdiendo toda referencia al afuera. Arquitecturas táctiles en las que uno no hace otra cosa que pasar, sin instalarse. El contrario exacto de la casa burguesa pensada como joyero aterciopelado, en donde el habitante deja huellas en todos los sitios donde se posa. El habitante de las grandes ciudades, y por tanto el hábitat de la ciudad moderna presuponen la ausencia de huellas: “Borra tus huellas”, preconizaba Brecht en un poema-manual de instrucciones para los habitantes de la gran ciudad.

Naturalmente, Benjamín no es ingenuo: ha callejeado<sup>2</sup> lo suficiente las grandes ciudades de su tiempo para saber que estas “casas de ensueño” son frágiles, y excepcionales; que la gran ciudad ha sido pensada para erradicar estas casas de ensueño, como el gran proyecto de racionalización de París de Hausmann, cuya única obsesión era hacer imposibles las barricadas y los refugios para la insurrección. La gran ciudad es rectilínea, hecha de rincones que evitan todo el tiempo la irrupción de lo imprevisto, del choque y de la violencia. A ella, Benjamin le opone una estrategia subterránea, y de orden microscópico, pero que le permite verdaderamente transformar las ciudades a través de su mirada. Esta estrategia se llama el “deambular”. Que es una nueva forma de habitar la ciudad. Un habitar que ve la ciudad como una gran página a leer y a descifrar. Deambular como un lector. Leer como un deambulante, sin otro objetivo que sorprenderse y desconcertarse. Una mirada oblicua que sabe que las cosas importantes vendrán de costado:

Estudiante y cazador. El texto es una selva en la cual el lector es el cazador. Crujidos en la espesura —la idea, la presa temerosa, la cita—, un trozo de la exhibición de las presas obtenidas (no se ha concedido a todo lector tropezarse con la idea).

---

<sup>2</sup> Tomo de Tackels este término que él ha llegado a considerar aún más adecuado que “deambular” para algunos aspectos de la relación con la calle tradicionalmente definidos negativamente, como los que desarrollan la prostituta y del delincuente, los cuales Benjamin definitivamente reivindica, encontrando en ellos rasgos positivos (N. del T.).

La ciudad es también una selva, en la cual el asunto es descubrir estas casas de ensueño, que el verdadero deambulante va a poder despertar. Porque, para Benjamin, cada época sueña la siguiente, produciendo sueños que la época siguiente podrá describir.

En esta nueva manera de habitar la ciudad, se trata de suspender el tiempo, de no permitirse más ser atrapado por el tiempo de los relojes. Incluso si eso significa derivar peligrosamente con, ya, una suerte de filosofía de la deriva urbana: “camino ahora muy rápidamente; siempre lo he hecho así en una ciudad extranjera —rápidamente y con un objetivo en mente— incluso cuando no conozco ningún objetivo” (Benjamin, 1990, p. 83). La verdadera deriva urbana transforma al sabio paseante en soñador diabólico: “Por caminos directos, vuelvo apresuradamente al hotel. Me despierto sudando. Algunas calles solamente, y es como si hubiera tomado la ciudad en sueños”. *Tomar la ciudad en sueños* (Benjamin, 1990, p. 83), una fórmula que dice mucho sobre la dimensión sexual subterránea que Benjamin siempre captó en las ciudades de sus paseos. Porque quien deambula es a la vez lector y cazador, coleccionista de signos y conspirador incontrolable. Se sumerge sin límites en este mundo moderno que corre hacia su pérdida, persuadido de que sabrá llevar a cabo la maniobra justa de *redención*.<sup>3</sup>

En su errancia para vivir el mundo de otra manera, Benjamin intentó reconstruir, inventar o incluso hacer surgir estas “casas de ensueño”, para transformar el infierno en un momento de utopía realizada. Querría mencionar aquí tres, que surgen inmediatamente de su propia vida, que él mismo entendía como un texto, sin ninguna duda el texto más fuerte de su existencia: la Biblioteca Nacional, la isla de Ibiza, y la escalera de Vernuche, en el campo de trabajo de Nevers.

## La Biblioteca como la utopía refugio

Las bibliotecas siempre fascinaron a Benjamin. Escribió páginas espléndidas sobre el arte de coleccionar libros y sobre los extraños rituales que habitan al bibliófilo. Sin duda, la biblioteca es un mundo en sí, todo un

---

<sup>3</sup> La palabra en el original francés es “sauvetage”, que podría traducirse literalmente por “salvación”. Sin embargo, en el ejercicio de traducción de varios textos redactados en francés por Benjamin, en varios momentos me encontré con la cuestión de elegir la palabra más adecuada para describir algunos conceptos recurrentes, muy parecidos entre sí, pero con matices que exigen una muy cuidadosa definición (salvación, redención, rescate, restauración...), de manera que, siguiendo la pista que de forma tan destacada propone él mismo en sus *Tesis sobre el concepto de historia*, estuve indagando sobre el sentido teológico de las palabras “salvación” y “redención”, y la respuesta que obtuve fue: “salvación” es lo que uno puede hacer por uno mismo, y “redención” requiere la intervención de un Otro, un redentor. Siguiendo esta guía, elijo entonces las diferentes palabras que resultarían más apropiadas para el texto que estoy leyendo. Sugiero, entonces, al lector esta diferenciación, que ayudaría a delimitar mejor aspectos del proyecto mesiánico de Benjamin (N del T.).

universo con sus leyes propias y sus tribus. Indiscutiblemente, Benjamin habitó la Biblioteca Nacional de París como una casa. Una casa de ensueño, de la cual decía, por otra parte, cuando volvía después de una larga ausencia, que tenía la impresión de ser acogido por sus empleados como un miembro de la familia.

Benjamin verdadera, y *literalmente*, vivió su vida como en una biblioteca; nada le era más importante que viajar con sus libros, siempre más libros, y en condiciones materiales a veces surrealistas.

Si Benjamin suscribió ese pacto secreto con la Biblioteca Nacional, fue sin duda porque ella era la única que podía consolarlo del exilio original que lo empujaba siempre fuera de su domicilio. Antes aun de haberse visto obligado por los trágicos acontecimientos políticos de 1933,<sup>4</sup> Benjamin siempre se había comportado como un exilado nato. Seguro de no sentirse en casa en su propio hogar, partió en busca de relatos a alguna otra parte, pero fue siempre armado con su biblioteca, con la que planeó siempre recorrer el mundo. Fueron centenares los libros que hizo transportar, de Berlín a París, y luego a Dinamarca, a la casa donde Brecht le acogió en exilio. Su biblioteca se empobrecía sin embargo a medida que se desplazaba, al punto de que imaginó ese *Libro de los pasajes*, única manera de hacer caber su biblioteca en la maleta de un hombre que viaja. Como una condensación de todos los libros, viático precioso para aquel que debe abandonarlo todo. Y es exactamente lo que le ocurrió a Walter Benjamin, cuyo libro, que quedó inacabado, se lee también como una última tentativa de salvación.

## La isla de Ibiza como mundo suspendido

La isla de Ibiza representa una especie de alegoría perfecta de esa nueva relación con el habitar. Una traducción concreta de la casa de ensueño. Benjamin pasará allí dos veranos —de abril a julio de 1932 y de abril a septiembre de 1933—.

La época se oscurece, la situación del filósofo se debilita, carece de dinero y se aísla cada vez más. La llamada insular traduce el vertiginoso

---

4 Recordemos que, en 1933, el presidente Von Hindenburg nombró canciller de Alemania a Adolf Hitler, se dio el incendio del edificio del parlamento y se suspendieron los derechos civiles, entre otros acontecimientos en los que la población judía resultaba particularmente afectada. También, que Benjamin, cuyo pensamiento tiene un anclaje firme y profundo en el pensamiento judío clásico y contemporáneo, venía de una familia "integrada", como se llamaba a las personas que dejaban de lado esas raíces y se asimilaban a la burguesía alemana, de manera que, posiblemente, incluso en su contexto familiar nunca estuvo en un lugar propiamente suyo (N. del T.).

descenso que lo arrastra fuera del ajedrez social. Es necesario decir que Ibiza, a principios de los años treinta, es un lugar arcaico increíblemente preservado de la modernidad, una comunidad vuelta sobre su tradición, como suspendida fuera del tiempo profano. De ahí la fascinación que esta isla ejerció sobre sus primeros visitantes, que empezaron a fantasear sobre este mundo de los orígenes, inventando el mito de otro mundo,

[...] un mito fundado en la posibilidad de vivir una vida diferente, en el marco de una naturaleza privilegiada, renunciando a las convenciones burguesas y a toda clase de comodidad, apostando por el surgimiento de una nueva comunidad donde el ocio creativo y la libertad individual desempeñarían un papel de primer orden. (Valero, 2003, p. 8)

Antes de convertirse en la plataforma mundial del *nightclubbing* internacional, Ibiza anticipa de sobra el movimiento *beatnik* y aparece retroactivamente como un refugio privilegiado, un espacio de respiro, antes de que la catástrofe nacionalsocialista se abatiera sobre Occidente. Una pequeña burbuja de utopía suspendida, que una minoría de resistentes sabría preservar, para desplegar allí otra existencia, escapando a las normas dominantes en los países del norte de Europa.

Evidentemente, la fuerza arcaica de esta isla fascinante entraría en contacto con las distintas cuestiones que Benjamin había puesto en obra: la cuestión del habitar (y su devenir moderno), la ruptura en la cadena de transmisión y del arte de narrar historias, la pérdida del aura en la experiencia contemporánea, la búsqueda de una memoria íntima a través del universo colectivo, tantas problemáticas que Benjamin va a formular durante este período, encontrando su traducción concreta gracias a estas estancias isleñas. El hábitat tradicional, las relaciones insulares, el encuentro de solitarios ricos en historias a transmitir —tantas experiencias que van a decantarse de manera permanente en el pensamiento de Benjamin—. <sup>5</sup> Y que ponen de manifiesto magistralmente que no hay en él nada de nostalgia: si constata el final del arte de narrar, es para forzar sus novedades, en particular en Ibiza. Si está fascinado por las viviendas tradicionales de Ibiza, es para pensar mejor a través suyo la arquitectura moderna en pleno desarrollo, puramente funcional y racional. Espacios sobrios que no dejan ningún rastro, pero no desprovistos de magia.

---

5 Esta tesis es el núcleo del notable libro de Valero (2003).

## La escalera del Castillo de Vernuche

El 3 de septiembre de 1939, Francia entra en guerra contra Alemania, a raíz de la agresión a Polonia. Como cientos de inmigrantes alemanes refugiados en París, Benjamin es introducido bruscamente en la categoría de “súbditos enemigos”. Todos los ciudadanos del Reich, simpatizantes y antifascistas incluidos, reciben por carteles la orden de dirigirse de inmediato a centros de reunión, donde se les clasificará y distribuirá en distintas categorías. A pesar de las gestiones realizadas desde 1936 para obtener la nacionalidad francesa, estas nuevas disposiciones afectan a Benjamin. Aturdido por una medida que pisoteaba treinta años de amor a Francia, abandona su domicilio de la rue Dombasle y se presenta en el estadio olímpico de Colombes, provisto de una pequeña pero evidentemente muy pesada maleta: libros y papeles obligan.

Durante nueve días, languidecen en el estadio, amontonados sobre paja descompuesta a fuerza de no secarse nunca, pestilente y manchada de paté de hígado. El décimo día, Benjamin deja el estadio en compañía de Sahl y de un hombre joven con quien había trabado amistad, Max Aron. Bajo escolta militar, son llevados en autobús a la estación de Austerlitz y toman el tren para Nevers, en Nièvre, a bordo de vagones forrados de plomo. Después de una agotadora jornada de viaje, deben aún caminar dos horas en la noche para finalmente llegar al Castillo de Vernuche, en el barrio de Saint-Joseph, transformado en “campo de trabajadores”. Muy debilitado, el corazón ya enfermo, Benjamin tiene una crisis en el camino y llega al campo agotado, sostenido por los hombros por su joven guardián, que lleva también su pesada maleta. A partir de este momento, su estado de salud no hará más que empeorar.

Una vez en el gran edificio, que no tenía ningún mobiliario, instala a Benjamin bajo una escalera, que protege con sacos de tela, para proporcionarle un poco de intimidad. Sahl recuerda una imagen inaudita: “parecía un santo en su caverna, velado por un ángel”. Definitivamente, hasta el final, la figura del ángel ronda, pero esta vez no hace más que pasar de largo.

En su mayoría ociosos, atrapados en la espera sin final, los presos se ocupan como pueden. Mejor aún, el ardor en el trabajo y el innegable sentido del orden de los alemanes hacen surgir del caos una verdadera comunidad. Se trataba de luchar por todos los medios contra lo que Benjamin llama la “proletarización del pueblo judío en el camino de la diáspora”.

Su comportamiento en el campo es por lo menos sorprendente. Con aquellos de sus camaradas que tenían una cierta cultura, largos debates se establecen, en torno al psicoanálisis o la filosofía política. Pero, más increíblemente aún, este filósofo, que jamás pudo enseñar, organiza un

curso de filosofía al aire libre, “para alumnos avanzados”, que intercambia por tres cigarrillos o un botón de pantaloncillo. Pero su ambición “institucional” no se detiene allí. Se entera de que cineastas encarcelados hacían una película “patriótica” irónicamente titulada *Viva Francia*, que les permite dejar el campo diariamente, provistos de brazaletes. Se le mete entonces en la cabeza publicar un diario, “naturalmente de muy alto nivel”, confía a Hans Sahl. Esta publicación está destinada a los habitantes del campo, claro, a sus familias y amigos, pero sobre todo asumirá la tarea de mostrar a Francia la verdadera cara de todos estos extranjeros a los que había condenado a ser sus “enemigos”. No se trata, de ninguna manera, de una bufonada, sino de un verdadero proyecto, altamente político, que moviliza todo su tiempo. Y, sobre todo, “se trata de los brazaletes”. Este argumento vuelve de nuevo sin cesar en labios de Benjamin. Los brazaletes, símbolo de supervivencia y redención, “el detalle que permitiría controlar el conjunto”. Con su ángel ahora transformado en secretario, organiza pues muy seriamente, en un tono casi solemne, “comités de redacción”, rociados con aguardiente introducido clandestinamente; define temarios, concierta citas, recibe a sus colaboradores a horas fijas como el intelectual cosmopolita que no podía dejar de ser sin perecer. En una carta redactada para las autoridades militares, él desea que este diario, apoyándose en una crónica real de los internados, “contribuya a una especie de higiene mental en este campo” (Benjamin, 1994, p. 131), y desea verlo circular entre los otros campos repartidos en el territorio francés. Hans Sahl propone redactar un artículo sobre la sociología del campo: “el nacimiento de una sociedad a partir de la nada”. La proposición es unánimemente aceptada. El primer número del *Boletín de Vernuche, periódico de los trabajadores del regimiento 54* no verá jamás la luz. Y los redactores no obtendrán nunca sus brazaletes.

Por extraño que parezca, esta casa de pesadilla deviene para Benjamin una “casa de ensueño” y en ella desplegará una energía fuera de lo común, que ya no podía poner en acción antes, y que va definitivamente a hacerle falta cuando salga del campo, al cabo de tres meses de encarcelamiento. Siempre atraído magnéticamente por París —la *Ciudad Luz*—, retorna a su casa de ensueño de la Biblioteca Nacional. Una loca decisión que no tardará en relanzarlo a la pesadilla.

A pesar del peligro creciente de los desplazamientos en París; a pesar de la gran distancia que separa su alojamiento (mal caldeado, en el distrito 15) de la Biblioteca Nacional, del otro lado del Sena al norte; a pesar de las alertas nocturnas y de la ciudad sumida en la oscuridad desde las cuatro de la tarde, Benjamin permanecerá. ¡Y no abandonará la ciudad sino algunas horas antes de la entrada de los alemanes a París! Agotada, la llama de vida se ahogará en la pesadilla de una noche de hotel en Port-Bou, el 26 de



septiembre de 1940. Su última casa, hoy destruida, se había convertido en un enorme agujero. Su cuerpo mismo, casa íntima, desaparecerá en la fosa común, última paradoja, última casa de sus sueños.

## Referencias

- Benjamin, W. (1990). *Ecrits autobiographiques, "Sur le voyage de l'été 1911"*, coll. "Détroits". Christian Bourgois Editeur
- Benjamin, W. (1994). "Carta de Walter Benjamin sobre el boletín de Vernuche", en Ingrid et Konrad Scheurmann (Dirs.), *Pour Walter Benjamin*. l'Arbeitskreis selständiger Kultur-Institute et de Inter Nationes.
- Valero, V. (2003). *Expérience et pauvreté. Walter Benjamin à Ibiza (1932-1933)*. Le Rouergue/Chambon [*Experiencia y pobreza. Walter Benjamin en Ibiza (1932-1933)*]. Editrail Periferica, 2017].